



Capítulo 321 - Demonio loco.

El orbe sólo respondió con un leve resplandor, como si se burlara de él en silencio. Parecía burlarse de la ira de Virgilio.

Su ira le hizo apretar los dientes y morder con fuerza.

El calor subió por su columna como la pólvora y sus ojos parpadearon con esa luz infernal que solía aparecer en los peores momentos. Su paciencia había llegado a su límite, le había sobrevivido y lo había agotado, esta perra se reía de él. Él sabía exactamente eso.

"¡QUE TE JODAN! ¡RESPÓNDEME!" rugió y el sonido salió como una onda de presión, distorsionando el aire que lo rodeaba. Las paredes del salón temblaron, el suelo vibró bajo sus pies y las llamas de las antorchas bailaron salvajemente con el impacto.



Paimon dio un paso atrás, instintivamente. '¡Mierda!' Se atragantó con la presión asesina que entró en sus huesos, era la primera vez que sentía tal intención por parte de Virgilio.

Se había enfrentado a señores infernales, reyes y dioses menores en su templo de gloria como Paimón el Decimador... pero nunca había sentido lo que sentía ahora: puro miedo. Un miedo frío y extrañamente antiguo. Como si el hombre que tenía delante ya no fuera sólo Virgilio... sino algo más allá de él.

Virgilio empezó a perder la cabeza. Su límite había sido alcanzado nuevamente. Él estaba nervioso. Muy nervioso. Entonces finalmente explotó.

"¿CREES QUE ERES MEJOR QUE YO?!" gritó, el orbe ahora temblaba en su mano, el aura a su alrededor se retorció como serpientes negras. "¿Has



estado atrapado allí durante MIL AÑOS y todavía actúas como si tuvieras derecho a ignorarme?!"

El brillo del orbe volvió a parpadear, pero permaneció apagado. Casi provocativo.

"¡JAJAJAJA!" Virgilio se rió. Un sonido seco y desesperado de furia, que sonaba como si mil demonios gritaran junto con él. "Por supuesto, porque pensé que una perra de mal carácter podría ofrecirme algo. Un maldito prisionero condenado a pudrirse en silencio. Eres miserable."

Extendió el brazo y empujó el orbe contra su pecho, presionando con fuerza como si quisiera fusionarlo con su carne.

"¡ENTONCES ME ODIAS! ¡ODIAME! ¡MÁTAME! rugió, sus ojos ahora ardían. "¡Pero HAZ ALGO!"



El orbe explotó en luz, cegadora, intensa, pero aún así... sin voz. Sin respuesta.

Paimon ya se había retirado a la entrada del salón. Ella estaba temblando. Sus piernas estaban congeladas y su corazón latía rápido. Su garganta seca intentó formar palabras, pero no salió nada.

"Necesito llamar a Sephirothy o Sapphire", pensó rápidamente, buscando su teléfono celular en su bolsillo trasero.

La escena frente a ella era surrealista: Virgilio, portador de tantos legados, un prodigio como él, ahora parecía un volcán en erupción, completamente envuelto por su propia furia, sin dirección, sin freno.



Finalmente soltó el orbe, dejándolo caer al suelo de piedra con un ruido sordo.

El resplandor cesó.

El silencio cayó.

Virgilio respiró profundamente, su pecho subía y bajaba como un animal herido y furioso. Las sombras se extendían a su alrededor, palpitando con su ira insaciable. Las venas de sus brazos brillaban rojas, como si la energía misma intentara escapar de él.

Miró a Paimon por encima del hombro, con los ojos todavía cargados de algo... inhumano.

Pero no dijo nada.

Ella tampoco.

Sólo el sonido de su respiración. El orbe quieto. El brillo se había desvanecido.

Nada había cambiado.

Virgilio miró el orbe con gélido desprecio. Sus ojos, dos brasas brillantes incrustadas en carne, reflejaban no sólo frustración, sino un odio primario, como si quisiera maldecir la existencia de aquello que no lo reconocía.

"Entonces que te jodan", gruñó, con la voz perdiendo veneno y desesperación en igual medida.





Con un chasquido seco, concentró toda su energía, toda ella, en un solo punto: su talón derecho. El suelo bajo sus pies se agrietó como un cristal bajo el peso de un mundo entero. La presión liberada fue tan densa que el aire perdió brevemente el sonido. Todo el salón pareció hundirse unos centímetros, el techo gimió, las columnas temblaron y las runas protectoras de las paredes comenzaron a arder solas, como si pidieran alivio.

Virgilio levantó el pie lentamente, como un verdugo que prepara el golpe final, cada gota de energía acumulada brillaba bajo su piel con una luz rubicunda e inestable. Las venas de su pierna parecían a punto de explotar, pulsando como serpientes en un frenesí. Era como si todas las células de su cuerpo le gritaran, pero ya no oía nada.

"Si no vas a salir para siempre..." murmuró, con los ojos muy abiertos, loco, "...entonces vas a salir gritando."

El único testigo de ello, Paimon, ya estaba paralizado. Sus instintos le gritaban que corriera, que escapara, que sobreviviera. Pero fue como ver a un dios volverse loco: una entidad que perdía el control de su propia existencia frente a algo que, al final, era sólo... silencio. Un rechazo. Una ausencia.



Y para alguien como Virgilio, que comandaba mundos y doblaba fuerzas con un gesto... esa fue la mayor afrenta posible.

Su mente dio un vuelco.

- ¿No quieres ayudarme? Entonces te destruiré."

"Te arrancaré de la realidad."

"Te arrastraré conmigo."



"Te romperé."

"Te maldeciré."

"Te escupiré al cosmos sólo para ver cómo tu forma es tragada por la nada. Y si eso me mata...mejor aún. Volveré a la vida y lo haré de nuevo."

Su mente estaba perdida en la locura de un dios demoníaco corrompido por su propio poder. Paimon, observando la escena, rápidamente agarró su teléfono celular.

"¡IVEN AQUÍ AHORA! ¡SE HA VUELTO LOCO! Ella gritó desesperadamente.

Ella podía intentar detenerlo, pero era como si el inframundo estuviera agotando sus fuerzas. diciendo que si lo tocaba, moriría por causas sobrenaturales. Era como si... la Dimensión lo estuviera protegiendo. Entonces, a pesar de ser un Arconte, no podía hacer nada.



Ella creía fielmente que estaba mirando a una Deidad Demonio.

"¡IVEN PRONTO ZAFIRO!" Ella gritó, después de todo, él estaba listo para ella, era demasiado tarde...

Él puso el pie en el suelo.

El impacto fue apocalíptico.



El suelo cedió con un profundo ruido sordo, como si los cimientos mismos del mundo estuvieran protestando. Un estruendo estalló en la piedra bajo sus pies y las paredes, majestuosas, reforzadas por siglos de magia antigua, comenzaron a agrietarse desde el techo hasta el suelo, como hielo rompiéndose bajo un sol despiadado. La energía liberada no emitió ningún sonido. Fue un silencio antinatural, del tipo que te hacía temblar los huesos. Como el vacío entre dos truenos. Como el suspiro del universo antes de colapsar.

Una ola de poder puro y caótico se extiende en todas direcciones, distorsionando el aire, doblando la luz y haciendo que el tiempo dude por un segundo.

Todo pareció detenerse.

El mundo respiró profundamente...

Pero entonces...

No pasó nada.

El orbe permaneció inmóvil.

Suspendido en el aire, flotando entre las partículas de polvo y los escombros del suelo destrozado, simplemente... brilló. Tranquilo. Intacto. Como si hubiera ignorado todo el colapso que lo rodeaba. Como si el ataque de Virgilio ni siquiera mereciera una reacción.

Virgilio todavía tenía el brazo extendido, los dedos medio apretados y el cuerpo temblando. Pero su expresión se congeló: primero en la incredulidad,





luego en la ira pura, luego en algo peor: el vacío. Un vacío emocional tan absoluto que ni siquiera la ira pudo sobrevivir allí.

Sus piernas cedieron.

Cayó de rodillas y sus puños aplastaron los escombros que había debajo de él. Su pecho se elevaba y caía con respiraciones pesadas, casi animales, mientras gotas de sudor y sangre caían al suelo como lluvia ácida.

"Tú..." Virgilio susurró, su voz ronca, su respiración irregular, rechinando los dientes con una furia insoportable. "¡MALDITO DRAGÓN!"

Su grito explotó como un trueno antiguo.

Era más que sonido: era un rugido demoníaco cargado de pura furia existencial, un rugido primordial que resonaba en el inframundo como la voz de un dios enojado. Las torres temblaron. Las corrientes de energía mística que sostenían los muros de la capital vacilaban. Ciudades enteras sintieron que el aire se volvía denso, asfixiante, como si el propio plano espiritual se estuviera doblando ante su dolor.



El siguiente instante... silencio.

Y luego, una mano.

Frío. Firme. Brutal.

Apretando su cuello con suficiente fuerza para aplastar el acero.



Virgilio fue arrastrado hacia arriba en un movimiento seco, con los pies despegando del suelo. Sus ojos todavía brillaban como dos soles caóticos, pero algo en ellos vaciló por un instante, no por miedo, sino por sorpresa.

"Lo juro", la voz era baja, profunda, cargada de autoridad que no necesitaba ser gritada para ser escuchada. "Te mataré, muchacho, si no te controlas ahora"

La mano en su cuello no tembló. No hubo ninguna vacilación.

Los ojos de Virgilio se abrieron.

La voz me resultaba familiar. El peso, inconfundible.

"... ¿Astaroth? jadeó, entre furia e incredulidad.

Había pasado mucho tiempo desde que vio a este hombre. O mejor dicho, ¿lo había hecho? Ni siquiera podía decirlo, su mente estaba entumecida y casi estaba perdiendo el conocimiento. ¿Acaba de deducirlo? Ni siquiera él lo sabía, pero la energía que sentía con solo tocarse el cuello afirmaba que era un Demonio Primordial Fuerte.

Surrealista. Imponer.

Con su largo cabello negro revoloteando en el vórtice de energía dejado por el colapso, ojos ámbar ardiendo como dos brasas en medio de la noche eterna. La sonrisa sardónica estaba ausente. En su lugar había un ceño fruncido. Pura irritación.





"¡Ya basta de esta mierda!" gruñó, empujando a Virgilio al suelo con un golpe seco. "La mitad del inframundo tembló. Casas se derrumbaron en la capital. Las líneas eléctricas colapsaron. ¿De verdad crees que puedes explotar cuando quieras?"

El suelo se hizo añicos bajo el impacto del cuerpo de Virgilio. El polvo se levantó. Pero no reaccionó de inmediato. Él simplemente se quedó allí, mirando al vacío por un momento. Sus ojos, por locos que estuvieran, parecían estar buscando algo en el rostro del Arconte.

Astaroth.

De los Cuatro Arcontes, él era el más impredecible. El más libre. El que menos se preocupaba por el funcionamiento del Inframundo, y el que más valoraba... el caos, la originalidad, lo absurdo. Fue él quien se rió de las guerras y aplaudió el nacimiento de los monstruos. Si él estuviera allí, si hubiera interferido...



Fue porque Vergil había excedido todos los límites.

Fue porque su locura había dejado de ser interesante y se había vuelto peligrosa incluso para los estándares del Caos.

"Quítame las manos de encima..." Virgilio silbó y su mirada demoníaca volvió a estallar mientras levantaba lentamente la cabeza. Sus ojos brillaban como dos cráteres infernales. "O perderás el tuyo..."

Astaroth simplemente se rió. Una risa seca, aburrida y casi burlona. "¿En serio? ¿Con esa pose de niño mimado? ¿Vas a intentar asustarme ahora?"

"Déjame ir." Virgilio exigió, pero... su energía desapareció de repente. Y sus fuerzas se agotaron en un solo segundo.

Luego cayó de rodillas.

"¿Qué pasó? Virgilio levantó la vista... Era la primera vez que caía de rodillas delante de alguien...

"Paimon, llama a Amon y Phenex, además de informar a Sapphire y Sepphirothy. Diles que está fuera de control y que lo están arrestando. "Le he puesto un collar por ahora para suministrarle sus poderes o destruirá este mundo" Ordenó y comenzaron a aparecer varios demonios de muy alto rango...

Era como si... los seres más fuertes hubieran venido a luchar.

Incluso... "¿Maestro?" Dijo Gwen, al ver a su amo de rodillas, con un collar demoníaco alrededor del cuello mientras brillaban runas rojas.

"Parece que se ha vuelto loco." Una mujer apareció junto a Gwen mirando a Vergil... Era la hija de la Reina Demonio del Gremory... Runeas Gremory.

"No sólo eso, estaba siendo controlado por su locura" Grayfia, su criada, apareció a su lado. "Pero debo admitir... qué fuerza absurda... todos los sensores estaban en peligro. "Todos los demonios de rango A han sido convocados." Ella comentó.

"Todos ustedes. "Sal de aquí." Astaroth habló antes de que alguien apareciera frente a él.

"Te advertí que esto pasaría." Amón puso su mano sobre la cabeza de Virgilio antes de desmayarse.





"Mierda..." Paimon, en el suelo, jadeaba. Su cuerpo tenía varias heridas por el impacto de estar cerca de él... "Descuidada..." escuchó una voz antes de que una llama sanara su cuerpo.

"Phenex..." Ella murmuró antes de levantarse.

Los cuatro arcontes... tuvieron que venir personalmente y detener la situación... Esto fue algo que... los demonios de más alto nivel nunca hubieran imaginado que podría suceder...

